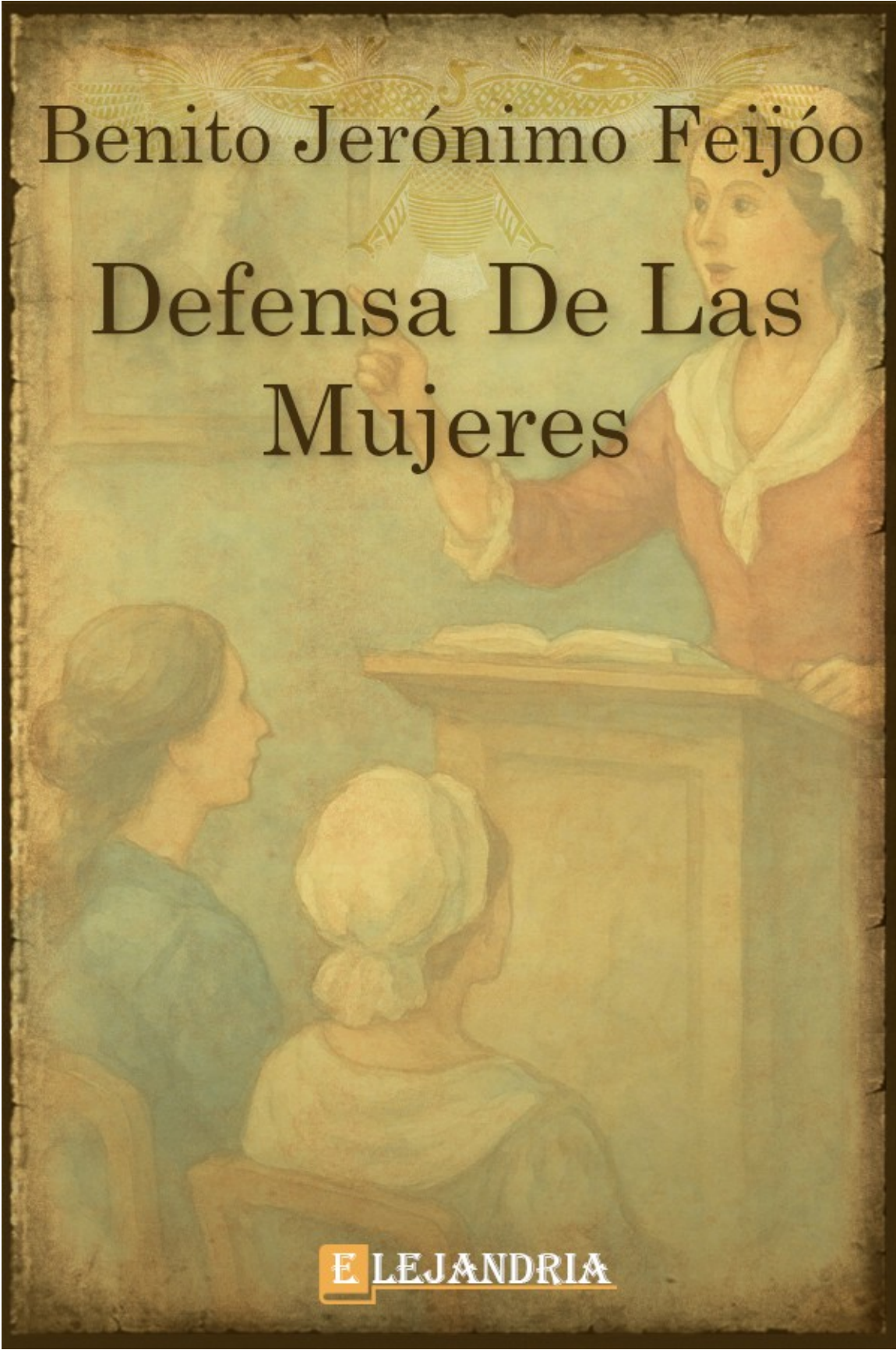




Benito Jerónimo Feijóo

Defensa De Las
Mujeres

E LEJANDRIA



Benito Jerónimo Feijóo
Defensa De Las
Mujeres

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DEFENSA DE LAS MUJERES

BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

PUBLICADO: 1726

FUENTE: BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

DEFENSA DE LAS MUJERES

I

En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres, pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones; pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas, con alguna brevedad, sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias y conocimientos sublimes.

El falso profeta Mahoma, en aquel mal plantado paraíso, que destinó para sus secuaces, les negó la entrada a las mujeres, limitando su felicidad al deleite de ver desde afuera la gloria que habían de poseer dentro los hombres. Y cierto que sería muy buena dicha de las casadas ver en aquella bienaventuranza, compuesta toda de torpezas, a sus maridos en los brazos de otras consortes, que para este efecto fingió fabricadas de nuevo aquel grande artífice de quimeras. Bastaba para comprehender cuanto puede errar el hombre, ver admitido este delirio en una gran parte del mundo.

Pero parece que no se aleja mucho de quien les niega la bienaventuranza a las mujeres en la otra vida, el que les niega casi todo el mérito en esta.

Frecuentísimamente los más torpes del vulgo representan en aquel sexo una horrible sentina de vicios, como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes. Es verdad que hallan a favor de este pensamiento muy fuertes invectivas en infinitos libros; en tanto grado, que uno a otro apenas quieren aprobar ni una sola por buena; componiendo, en la que está asistida de las mejores señas, la modestia en el rostro con la lascivia en la alma:

Aspera si risa est, rigidasque imitata Sabinas ,

Velle, sed ex alto dissimulare puta .

Contra tan insolente maledicencia, el desprecio y la detestación son la mejor apología. No pocos de los que con más frecuencia y fealdad pintan los defectos de aquel sexo, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado. Eurípides fue sumamente maldiciente de las mujeres en sus tragedias, y, según Ateneo y Stobeo, era amantísimo de ellas en su particular: las execraba en el teatro, y las idolatraba en el aposento. El Boccacio, que fue con grande exceso impúdico, escribió contra las mujeres la violenta sátira, que intituló Laberinto del amor . ¿Qué misterio habrá en esto? Acaso con la ficción de ser de este dictamen quieren ocultar su propensión; acaso en las brutales saciedades del torpe apetito se engendra un tedio desapacible, que no representa sino indignidades en el otro sexo. Acaso también se venga tal vez con semejantes injurias la repulsa de los ruegos; que hay hombre tan maldito, que dice que una mujer no es buena, sólo porque ella no quiso ser mala. Ya se ha visto desahogarse en más atroces venganzas esta injusta queja, como testifica el lastimoso suceso de la hermosísima irlandesa madama Duglas. Guillermo Leout, ciegamente irritado contra ella porque no había querido condescender con su apetito, la acusó de crimen de lesa majestad, y probando con testigos sobornados la calumnia, la hizo padecer pena capital. Confesola después el mismo Leout, y refiere el suceso La Mota le Vayer.

No niego los vicios de muchas. ¡Mas ay! si se aclarara la genealogía de sus desórdenes, ¡cómo se hallaría tener su primer origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo! Quien quisiere hacer buenas a todas las mujeres, convierta a todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza, contra todas las baterías del apetito; y rarísima vez se le abre a esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.

Las declamaciones que contra las mujeres se leen en algunos escritores sagrados, se deben entender dirigidas a las perversas, que no es dudable las

hay: y aun cuando miraran en común al sexo, nada se prueba de ahí; porque declaman los médicos de las almas contra las mujeres, como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que, siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que, no se ignora la extensión que admite la oratoria en ponderar el riesgo, cuando es su intento desviar el daño.

Y díganme los que suponen más vicios en aquel sexo que en el nuestro, ¿cómo componen esto con darle la Iglesia a aquel con especialidad el epíteto de devoto? ¿Cómo, con lo que dicen gravísimos doctores, que se salvarán más mujeres que hombres, a mi atendida la proporción a su mayor número? Lo cual no fundan ni pueden fundar en otra cosa, que en la observación de ver en ellas más inclinación a la piedad.

Ya oigo contra nuestro asunto aquella proposición, de mucho ruido y de ninguna verdad, que las mujeres son causa de todos los males; en cuya comprobación, hasta los ínfimos de la plebe inculcan a cada paso que la Cava indujo la pérdida de toda España, y Eva la de todo el mundo.

Pero el primer ejemplo absolutamente es falso. El conde don Julián fue quien trajo los moros a España, sin que su hija se lo persuadiese, quien no hizo más que manifestar al padre su afrenta. ¡Desgraciadas mujeres, si en el caso de que un insolente las atropelle, han de ser privadas del alivio de desahogarse con el padre o con el esposo! Eso quisieran los agresores de semejantes temeridades. Si alguna vez se sigue una venganza injusta, será la culpa, no de la inocente ofendida, sino del que la ejecuta con el acero y del que dio ocasión con el insulto, y así, entre los hombres queda todo el delito.

El segundo ejemplo, si prueba que las mujeres en común son peores que los hombres, prueba del mismo modo que los ángeles en común son peores que las mujeres; porque, como Adán fue inducido a pecar por una mujer, la mujer fue inducida por un ángel. No está hasta ahora decidido quién pecó más gravemente, si Adán, si Eva; porque los padres están divididos; y en verdad, que la disculpa que da Cayetano a favor de Eva, de que fue engañada por una criatura de muy superior inteligencia y sagacidad, circunstancia que no ocurrió en Adán, rebaja mucho, respecto de este, el delito de aquella.

II

Pasando de lo moral a lo físico, que es más de nuestro intento, la preferencia, del sexo robusto sobre el delicado se tiene por pleito vencido, en tanto grado, que muchos no dudan en llamar a la hembra animal imperfecto, y aun monstruoso, asegurando que el designio de la naturaleza en la obra de la generación siempre pretende varón, y sólo por error o defecto, ya de la materia, ya de la facultad, produce hembra.

¡Oh admirables físicos! Seguirase de aquí que la naturaleza intenta su propia ruina, pues no puede conservarse la especie sin la concurrencia de ambos sexos. Seguirase también que tiene más errores que aciertos la naturaleza humana en aquella principalísima obra suya, siendo cierto que produce más mujeres que hombres; ni ¿cómo puede atribuirse la formación de las hembras a debilidad de virtud o defecto de materia, viéndolas nacer muchas veces de padres bien complexionados y robustos, en lo más florido de su edad? ¿Acaso, si el hombre conservara la inocencia original, en cuyo caso no hubiera estos defectos, no habrían de nacer algunas mujeres, ni se había de propagar el linaje humano?

Bien sé que hubo autor que se tragó tan grave absurdo, por mantener su declarada ojeriza contra el otro sexo. Este fue Almarico, doctor parisiense del siglo XII; el cual, entre otros errores, dijo, que durando el estado de la inocencia, todos los individuos de nuestra especie serían varones, y que Dios los había de criar inmediatamente por sí mismo, como había criado a Adán.

Fue Almarico ciego secuaz de Aristóteles, de modo que, todos o casi todos sus errores fueron consecuencias que tiró de doctrinas de aquel filósofo. Viendo, pues, que Aristóteles, no en una parte sola de sus obras, da a entender que la hembra es animal defectuoso, y su generación accidental y fuera del intento de la naturaleza, de aquí infirió que no habría mujeres en el estado de la inocencia. Así se sigue muchas veces una teología herética a una errada física.

Pero la grande adherencia que con Aristóteles profesó Almarico, les estuvo mal a Almarico y a Aristóteles; porque los errores de Almarico fueron condenados en un concilio parisiense, el año de 1209, y en el mismo concilio fue prohibida la lectura de los libros de Aristóteles, confirmando después esta prohibición el papa Gregorio IX. Era ya muerto Almarico un año antes que se proscribiesen sus dogmas; y así, fueron desenterrados sus huesos y arrojados en un lugar inmundo.

De aquí es que no nos deben hacer fuerza uno u otro doctor, por otra parte grave, que asentaron ser defectuoso el sexo femenino, sólo porque Aristóteles lo dijo, de quien fueron finos sectarios, aunque sin precipitarse en el error de Almarico. Es cierto que Aristóteles fue inicuo con las mujeres, pues no sólo proclamó con exceso sus defectos físicos, pero aun con mayor vehemencia los morales, de que se apuntará algo en otra parte. ¿Quién no pensará que su genio le inclinaba al desvío de aquel sexo? Pues nada menos que eso. No sólo amó con ternura a las mujeres que tuvo, pero lo sacó tanto de sí el amor de la primera, llamada Pitais, hija, como quieren unos, o sobrina, como dicen otros, de Hermias, tirano de Atarneo, que llegó al delirio de darle inciensos como a deidad. También se cuentan insanos amores suyos con una criada, bien que Plutarco no se acomoda a creerlo; pero en esta parte merece más fe Teócrito Chio, que en un epigrama, vivamente satirizó a Aristóteles su obscenidad, porque fue del tiempo de Aristóteles y Plutarco, muy posterior; en cuyo ejemplo se ve que la mordacidad contra las mujeres, muchísimas veces, y aun las más, anda acompañada de una desordenada inclinación hacia ellas, como ya dijimos arriba.

Del mismo error físico, que condena a la mujer por animal imperfecto, nació otro error teológico, impugnado por san Agustín (libro XXII, De Civ. Dei, capítulo XVII), cuyos autores decían que en la resurrección universal esta obra imperfecta se ha de perfeccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil; como que la gracia ha de concluir entonces la obra que dejó sólo empezada la naturaleza.

Este error es muy parecido al de los infatuados alquimistas, que, sobre la máxima de que la naturaleza en la producción metálica siempre intenta la generación del oro, y sólo por defecto de virtud para en otro metal imperfecto, pretenden que después el arte conduzca la obra a su perfección, y haga oro lo que nació hierro. Mas al fin, este error es más tolerable, ya porque no toca en materia de fe, ya porque (séase lo que se fuera del intento

de la naturaleza y de la imaginaria capacidad del arte), de hecho el oro es el metal más noble, y los demás son de muy inferior calidad; pero en nuestro asunto todo es falso: que la naturaleza intenta siempre varón; que su operación bastardea en la mujer, y mucho más que este hierro se ha de enmendar en la resurrección universal.

No por eso apruebo el arrojado de Zacuto Lusitano, que en la introducción al tratado *De morbis mulierum*, con frívolas razones quiso poner de bando mayor a las mujeres, haciendo creer su perfección física sobre los hombres. Con otras de mayor apariencia se pudiera emprender ese asunto; pero mi empeño no es persuadir la ventaja, sino la igualdad.

Y para empezar a hacernos cargo de la dificultad (dejando por ahora aparte la cuestión del entendimiento, que se ha de disputar separada y más de intento en este discurso), por tres prendas, en que hacen notoria ventaja a las mujeres, parece se debe la preferencia a los hombres: robustez, constancia y prudencia. Pero aun concedidas por las mujeres estas ventajas, pueden pretender el empate, señalando otras tres prendas en que exceden ellas: hermosura, docilidad y sencillez.

La robustez, que es prenda del cuerpo, puede considerarse contrapesada con la hermosura, que también lo es; y aun muchos le concederán a esta el exceso. Tendrían razón, si el precio de las prendas se hubiese de determinar precisamente por la lisonja de los ojos; pero debiendo hacer más peso en el buen juicio, para decidir esta ventaja, la utilidad pública, pienso debe ser preferida la robustez a la hermosura. La robustez de los hombres trae al mundo esenciales utilidades en las tres columnas que sustentan toda república: guerra, agricultura y mecánica. De la hermosura de las mujeres no sé qué fruto importante se saque, si no es que sea por accidente. Algunos la argüirán de que, bien lejos de traer provechos, acarrea gravísimos daños en amores desordenados que enciende, competencias que suscita, cuidados, inquietudes y celos que ocasiona en los que están encargados de su custodia.

Pero esta acusación es mal fundada, como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mujeres fuesen feas, en las de menos deformidad se experimentaría tanto atractivo como ahora en las hermosas; y por consiguiente, harían el mismo estrago. La menos fea de todas, puesta en Grecia, sería incendio de Troya, como Helena; y puesta en el palacio del rey

don Rodrigo, sería ruina de España, como la Cava. En los países donde las mujeres son menos agraciadas, no hay menos desórdenes, que en aquellos donde las hay de más gentileza y proporción; y aun en Moscovia, que excede en copia de mujeres bellas a todos los demás reinos de Europa, no está tan desenfrenada la incontinencia como en otros países, y la fe conyugal se observa con mucha mayor exactitud.

No es, pues, la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero en el caso de la cuestión, doy mi voto a favor de la robustez, la cual juzgo prenda mucho más apreciable que la hermosura. Y así, en cuanto a esta parte, se ponen de bando mayor los hombres: quédales, empero, a salvo a las mujeres replicar, valiéndose de la sentencia de muchos doctos, y recibida de toda una ilustre escuela, que reconoce la voluntad por potencia más noble que el entendimiento, la cual favorece su partido; pues si la robustez, como más apreciable, logra mejor lugar en el entendimiento, la hermosura, como más amable, tiene mayor imperio en la voluntad.

La prenda de la constancia, que ennoblece a los hombres, puede contrarrestarse con la docilidad, que resplandece en las mujeres. Donde se advierte que no hablamos de estas y otras prendas, consideradas formalmente en el estado de virtudes, porque en este sentido no son de la línea física, sino en cuanto están radiadas y como delineadas en el temperamento, cuyo embrión informe es indiferente para el buen y mal uso; y así, mejor se llamarán flexibilidad o inflexibilidad del genio, que constancia o docilidad.

Diráseme que la docilidad de las mujeres declina muchas veces a la ligereza, y yo repongo, que la constancia de los hombres degenera muchas veces en terquedad. Confieso que la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes, pero no se me puede negar que la obstinación en el malo es causa de grandes males. Si se me arguye que la invencible adherencia al bien o al mal es calidad de los ángeles, respondo, que sobre no ser eso tan cierto que no lo nieguen grandes teólogos, muchas propiedades que en las naturalezas superiores nacen de su excelencia, en las inferiores provienen de su imperfección. Los ángeles, según doctrina de santo Tomás, cuanto más perfectos, entienden por menos especies, y en los hombres el corto número de especies es defecto. En los ángeles el estudio sería tacha de su entendimiento, y a los hombres les ilustra el suyo.

La prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mujeres. Y aun estaba para decir más; porque en realidad, al género humano mucho mejor le estaría la sencillez, que la prudencia de todos sus individuos. Al siglo de oro nadie le compuso de hombres prudentes, sino de hombres cándidos.

Si se me opone que mucho de lo que en las mujeres se llama candidez, es indiscreción, repongo yo, que mucho de lo que en los hombres se llama prudencia, es falacia, doblez y alevosía, que es peor. Aun esa misma franqueza indiscreta, con que a veces se manifiesta, el pecho contra las reglas de la razón, es buena considerada como señal. Como nadie ignora sus propios vicios, quien los halla en sí de alguna monta, cierra con cuidado a los acechos de la curiosidad los resquicios del corazón. Quien comete delitos en su casa, no tiene a todas horas la puerta abierta para el registro. De la malicia es compañera individua la cautela. Quien, pues, tiene facilidad en franquear el pecho, sabe que no está muy asqueroso. En esta consideración, la candidez de las mujeres siempre será apreciable, cuando arreglada al buen dictamen, como perfección, y cuando no, como buena señal.

IV

Sobre las buenas calidades expresadas, resta a las mujeres la más hermosa y más transcendente de todas, que es la vergüenza; gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo: *Veluti pudori defunctorum parcente natura.*

Con verdad y agudeza, preguntado el otro filósofo, qué color agraciaba más el rostro a las mujeres, respondió que el de la vergüenza. En efecto juzgo que esta es la mayor ventaja que las mujeres hacen a los hombres. Es la

vergüenza una valla, que entre la virtud y el vicio puso la naturaleza. Sombra de las bellas almas y carácter visible de la virtud la llamó un discreto francés. Y san Bernardo, extendiéndose más, la ilustró con los epítetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la rama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza y divisa de toda honestidad. Tintura de la virtud la llamó, con sutileza y propiedad, Diógenes. De hecho este es el robusto y grande baluarte, que, puesto enfrente del vicio, cubre todo el alcázar de la alma, y que, vencido una vez, no hay, como decía el Nacienceno, resistencia a maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cuncta pudore* .

Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos; y así, siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos por medio de los invisibles asaltos que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, siempre sería la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto, por lo menos, precave infinitos escándalos y sus funestas consecuencias. Pero si se hace atenta reflexión, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas que no salen de los ocultos senos de la alma; porque son muy raros los consentimientos internos cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en la alma, las que aumentan y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando estas, es verdad que una u otra vez se introduce la torpeza en el espíritu, pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora, sí solo como peregrina.

Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles y obran muy tímidas; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho y el semblante, que pueden recelar salga a la plaza pública del rostro cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan a cada paso en las mejillas los más escondidos afectos; que el color de la vergüenza es el único que sirve a formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mujeres el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

A que se añade, que en muchas sube a tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heroico primor de la vergüenza, de que trató el ingeniosísimo padre Vieira en uno de sus sermones, no es puramente ideal, como juz-

gan algunos espíritus groseros, sino práctico y real en los sujetos de índole más noble. Así lo conoció Demetrio Falereo, cuando instruyendo la juventud de Atenas, les decía que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesan, en la soledad cada uno de sí propio.

V

Pienso haber señalado tales ventajas de parte de las mujeres, que equilibran y aun acaso superan las calidades en que exceden los hombres. ¿Quién pronunciará la sentencia en este pleito? Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daría un corte, diciendo que las calidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas mejores en sí mismas; las prendas en que exceden los hombres, los constituyen mejores, esto es, más útiles para el público. Pero, como yo no hago oficio de juez, sino de abogado, se quedará el pleito por ahora indeciso.

Y aun cuando tuviese la autoridad necesaria, sería forzoso suspender la sentencia, porque aun se replica a favor de los hombres, que las buenas calidades que atribuyo a las mujeres, son comunes a entrambos sexos. Yo la confieso, pero en la misma forma que son comunes a ambos sexos las buenas calidades de los hombres, para no confundir la cuestión, es preciso señalar de parte de cada sexo aquellas perfecciones, que mucho más frecuentemente se hallan en sus individuos y mucho menos en los del otro. Concedo, pues que se hallan hombres dóciles, cándidos y ruborosos. Añado que el rubor, que es buena señal en las mujeres, aun lo es mejor en los hombres porque denota, sobre índole generosa, ingenio agudo lo que declaró más de una vez en su Satiricón Juan Barclayo, a cuyo sutilísimo ingenio no se le puede negar ser voto de muy especial nota; y aunque no es seña infali-

ble, yo en esta materia he observado tanto, que ya no espero jamás cosa buena de muchacho, en quien advierto frente muy osada.

Es así, digo, que en varios individuos de nuestro sexo se observan, aunque no con la misma frecuencia, las bellas cualidades que ennoblecen al otro. Pero esto en ninguna manera inclina a nuestro favor la balanza, porque hacen igual peso por la otra parte las perfecciones de que se jactan los hombres, comunicadas a muchas mujeres.

VI

De prudencia política sobran ejemplos en mil princesas por extremo hábiles. Ninguna edad olvidará la primera mujer en quien desemboza la historia las oscuridades de fábula: Semíramis , digo, reina de los arios, que, educada en su infancia por las palomas, se elevó después sobre las águilas, pues no sólo se supo hacer obedecer ciegamente de los súbditos, que le había dejado su esposo, mas hizo también súbditos todos los pueblos vecinos, y vecinos de su imperio los más distantes, extendiendo sus conquistas, por una parte hasta la Etiopía, por otra hasta la India. Ni a Artemis , reina de Caria, que no sólo, mantuvo en su larga viudez la adoración de aquel reino, mas siendo asaltada de los rodios dentro de él, con dos singularísimos estratagemas, en dos lances solos, destruyó las tropas que le habían invadido; y pisando velozmente de la defensiva a la ofensiva, conquistó y triunfó de la isla de Rodas. Ni a las dos Aspacias , a cuya admirable dirección fiaron enteramente, con feliz suceso, el gobierno de sus estados, Pericles, esposo de la una, y Ciro, hijo de Darío Noto, galán de la otra. Ni a la prudentísima File , hija de Antipatro, de quien, aun siendo niña, tomaba su padre consejo para el gobierno de Macedonia, y que después con sus buenas artes sacó de mil ahogos a su esposo, el precipitado y ligero Demetrio. Ni a la mañosa Livia , cuya sutil astucia parece fue superior a la penetración de Augusto,

pues no le hubiera dado tanto dominio sobre su espíritu si la hubiera conocido. Ni a la sagaz Agripina , cuyas artes fueron fatales para ella y para el mundo, empleándose en promover a su hijo Nerón al solio. Ni a la sabia Amalasunta , en quien fue menos entender las lenguas de todas las naciones sujetas al imperio romano, que gobernar con tanto acierto el Estado, durante la menoridad de su hijo Atalarico.

Ni, dejando otras muchísimas y acercándonos a nuestros tiempos, se olvidará jamas Isabela de Inglaterra , mujer en cuya formación concurrieron con igual influjo las tres gracias que las tres furias, y cuya soberana conducta sería siempre la admiración de la Europa si sus vicios no fueran tan parciales de sus máximas que se hicieron imprescindibles; y su imagen política se presentará siempre a la posteridad, coloreada, manchada diré mejor, con la sangre de la inocente María Estuarda, reina de Escocia. Ni Catalina de Médicis , reina de Francia, cuya sagacidad en la negociación de mantener en equilibrio los dos partidos encontrados de católicos y calvinistas, para precaver el precipicio de la corona, se pareció a la destreza de los volatines, que en alta y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran del despeño y deleitan a los circunstantes ostentando el riesgo y evitando el daño. No fuera inferior a alguna de las referidas nuestra católica Isabela en la administración del gobierno, si hubiera sido reinante como fue reina. Con todo, no le faltaron ocasiones y acciones en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y aun Lauren- cio Beyerlink, en su elogio, dice que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte o el todo: *Quid magni in regno, sine illa, imo nisi per illam fere gestum est?* Por lo menos el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fue el suceso más glorioso de España en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de Isabela no hubiese vencido los temores y perezas de Fernando.

En fin, lo que es más que todo, parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las reinas que mandaron largo tiempo como absolutas, las más se hallan en las historias celebradas como gobernadoras excelentes. Pero las pobres mujeres son tan infelices, que siempre se alegrarán contra tantos ejemplos ilustres, una Brunequilda, una Fredegunda, las dos Juanas de Nápoles y otras pocas; bien que a las dos primeras les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

Ni es en el mundo tan universal, como se piensa, la persuasión de que en la cabeza de la mujer no asienta bien la corona; pues en Meroe, isla que forma el Nilo en la Etiopía, o península, como quieren los modernos, reinaron, según el testimonio de Plinio, mujeres por muchos siglos. El padre Cornelio a Lapide, tratando de la reina Saba, que fue una de ellas, piensa que su imperio se extendió mucho fuera del ámbito de Meroe, y comprendió acaso toda la Etiopía; fundado en que Cristo, nuestro bien, llamó a aquella señora Reina del Austro, título que suena un vasto dominio hacia aquella plaga. Si bien que, como se puede ver en Tomas Cornelio, no falta autor que asegura ser la isla, o península, de Meroe mayor que la Gran Bretaña; y así, no era muy corto el estado de aquellas reinas, aunque no saliese del ámbito de Meroe. Aristóteles dice, que entre los lacedemonios tenían gran parte en el gobierno político las mujeres. Esto era conforme a las leyes que les dejó Licurgo.

También en Borneo, isla grande del mar de la India, reinan mujeres, según la relación de Mandelslo, que se halla en el segundo tomo de Oleario, sin gozar sus maridos otra prerogativa que ser sus mas calificados vasallos. En la isla Ferosa, situada en el mar meridional de la China, es tanta la satisfacción que tienen de la prudente conducta de las mujeres aquellos idólatras, que a ellas únicamente está fiado el ministerio sacerdotal, con todo lo que pertenece a materias de religión, y en lo político gozan un poder en parte superior al de los senadores, como intérpretes de la voluntad de sus deidades.

Sin embargo, la práctica común de las naciones es más conforme a la razón, como correspondiente al divino decreto notificado a nuestra primera madre en el paraíso, donde a ella, y a todas sus hijas en su nombre, se les intimó la sujeción a los hombres. Sólo se debe corregir la impaciencia con que muchas veces llevan los pueblos el gobierno mujeril, cuando, según las leyes, se les debe obedecer; y aquella propasada estimación de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz a una mujer hecha, en que excedieron tan ridículamente los antiguos persas, que en ocasión de quedar la viuda de uno de sus reyes encinta, siendo avisados de sus magos que la concepción era varonil, le coronaron a la reina el vientre y proclamaron por rey suyo el feto, dándole el nombre, de Sapor, antes de haber nacido.

VII

Hasta aquí de la prudencia política, contentándonos con bien pocos ejemplos, y dejando muchos. De la prudencia económica es ocioso hablar, cuando todos los días se están viendo casas muy bien gobernadas por las mujeres, y muy desgobernadas por los hombres.

Y pasando a la fortaleza, prenda que los hombres consideran como inseparable de su sexo, yo convendré en que el cielo los mejoró en esta parte en tercio y quinto; mas no en que se les haya dado como mayorazgo o vínculo indivisible, exento de toda partida con el otro sexo.

No pasó siglo a quien no hayan ennoblecido mujeres valerosas. Y dejando los ejemplos de las heroínas de la Escritura y de las santas mártires de la ley de gracia (porque hazañas donde intervino especial auxilio soberano acreditan el poder divino, no la facultad natural del sexo), ocurren tantas mujeres de heroico valor y esforzada mano, que en tropel se presentan en el teatro de la memoria. Y tras de las Semíramis , las Artemisas , las Tomiris , las Zenobias , se parece una Aretafile, esposa de Nicotrato, soberano de Cirene, en la Libia; en cuya incomparable generosidad se compitieron el amor más tierno de la patria, la mayor valentía del espíritu y la más sutil destreza del discurso; pues por librar su patria de la violenta tiranía de su marido, y vengar la muerte que este, por poseerla, había ejecutado en su primer consorte, haciéndose caudillo de una conspiración, despojó a Nicotrato del reino y la vida. Y habiendo sucedido Leandro, hermano de Nicotrato, en la corona y en la crueldad, tuvo valor y arte para echar también del mundo a este segundo tirano, coronando, en fin, sus ilustres acciones con apartar de sus sienes la corona, que, reconocidos a tantos beneficios, le ofrecieron los de Cirene. Una Dripetina , hija del gran Mitridates, compañera inseparable de su padre en tantos arriesgados proyectos, que en todos mostró aquella fuerza de alma y de cuerpo, que desde su infancia había prometido la singularidad de nacer con dos órdenes de dientes; y después de deshecho su padre por el gran Pompeyo, sitiada en un castillo por Manlio Prisco, siendo imposible la defensa, se quitó voluntariamente la vida, por no

sufrir la ignominia de esclava. Una Clelia , romana, que, siendo prisionera de Porsena, rey de los etruscos, venciendo mil dificultades, se libró de la prisión, y rompiendo con un caballo (otros dicen que con sus brazos propios) las ondas del Tíber, arribó felizmente a Roma. Una Arria , mujer de Cecina Peto, que, siendo comprendido su marido en la conspiración de Camilo contra el emperador Claudio, y por este crimen condenado a muerte, resuelta a no sobrevivir a su esposo, después de tentar en vano hacerse pedazos la cabeza contra una muralla, logró, introducida en la prisión de Cecina, exhortarlo a que se anticipase con sus manos la ejecución del verdugo, metiéndose ella primero un puñal por el pecho. Una Epponina , que con la ocasión de haberse arrogado su marido Julio Sabino, en las Galias, el título de César, toleró con rara constancia indecibles trabajos; y siendo últimamente condenada a muerte por Vespasiano, generosamente le dijo que moría contenta, por no tener el disgusto de ver tan mal emperador colocado en el solio.

Y porque no se piense que estos siglos últimos en mujeres esforzadas son inferiores a los antiguos, ya se presentan armadas una Doncella de Francia , columna que sustentó en su mayor aflicción aquella vacilante monarquía; y si bien que encontrados en los dictámenes, como en las armas, ingleses y franceses, aquellos atribuyeron sus hazañas a pacto diabólico, y estos a moción divina, acaso los ingleses fingieron lo primero por odio, y los franceses, que manejaban las cosas, idearon lo segundo por política; que importaba mucho en aquel desmayo grande de pueblos y soldados, para levantar su ánimo abatido, persuadirles que el cielo se había declarado por aliado suyo, introduciendo para este efecto al teatro de Marte una doncella magnánima y despierta, como instrumento proporcionado para un socorro milagroso. Una Margarita de Dinamarca , que en el siglo décimo-cuarto conquistó por su persona propia el reino de Suecia, haciendo prisionero al rey Alberto, y la llaman la segunda Semíramis los autores de aquel siglo. Una Marulla , natural de Lemnos, isla del archipiélago, que en el sitio de la fortaleza de Cochín, puesto por los turcos, viendo muerto a su padre, arrebató su espada y rodela, y convocando, con su ejemplo toda la guarnición, en cuya frente se puso, dio con tanto ardor sobre los enemigos, que no sólo rechazó el asalto, mas obligó al bajá Solimán a levantar el sitio; hazaña que premió el general Loredano de Venecia, cuya era aquella plaza, dándole a escoger para marido cualquiera que ella quisiese de los más ilustres capitanes de su ejército, y ofreciéndole dote competente en nombre de la república. Una

Blanca de Rossi , mujer de Bautista Porta, capitán paduano, que después de defender valerosamente, puesta sobre el muro, la plaza de Basano, en la Marca Trevisana, siendo luego cogida la plaza por traición, y preso y muerto su marido por el tirano Ecelino, no teniendo otro arbitrio para resistir los ímpetus brutales de este furioso, enamorado de su belleza, se arrojó por una ventana; pero después de curada y convalecida, acaso contra su intención, del golpe, padeciendo debajo de la opresión de aquel bárbaro el oprobrio de la fuerza, satisfizo la amargura de su dolor y la constancia de su fe conyugal, quitándose la vida en el mismo sepulcro de su marido, que para este efecto había abierto. Una Bonna , paisana humilde de la Valtelina, a quien encontró en una marcha suya Pedro Brunoro, famoso capitán parmesano, en edad corta, guardando ovejas en el campo, y prendado de su intrépida viveza, la llevó consigo para cómplice de su incontinencia; pero ella se hizo también partícipe de su gloria, porque después de fenecer la vida deshonesto con la santidad del matrimonio, no sólo como soldado particular peleó ferozmente en cuantos encuentros se ofrecieron, pero vino a ser tan inteligente en el arte militar, que algunas empresas se fiaron a su conducta, especialmente la conquista del castillo de Pavorio, a favor de Francisco Esforcia, duque de Milán, contra venecianos, donde, en medio de hacer el oficio de caudillo, pereció en las primeras filas al asalto. Una María Pila , heroína gallega, que en el sitio puesto por los ingleses a la Coruña el año de 1589 estando ya los enemigos, alojados en la brecha y la guarnición dispuesta a capitular, después que, con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobo a los nuestros su cobardía, arrancando espada y rodela de las manos de un soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese, encendida en coraje, se arrojó a la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas a los corazones de los soldados y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que con la muerte de mil y quinientos (entre ellos un hermano del general de tierra, Enrique Noris), los obligaron a levantar el sitio. Felipe II premió el valor de la Pita, dándole por los días de su vida grado y sueldo de alférez vivo; y Felipe III perpetuó en sus descendientes el grado y sueldo de alférez reformado. Una María de Estrada , consorte de Pedro Sánchez Farfan, soldado de Hernán Cortés, digna de muy singular memoria por sus muchas y raras hazañas, que refiere el padre fray Juan de Torquemada en su primer tomo de la Monarquía indiana . Tratando de la luctuosa salida que hizo Cortés de Méjico, después de muerto Motezuma, dice de ella lo siguiente: Mostróse muy

valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer, y revestida del valor que en caso semejante suelen tener los hombres de valor y honra. Y fueron tantas las maravillas y cosas que hizo, que puso en espanto y asombro a cuantos la miraban. Refiriendo en el capítulo siguiente la batalla que se dio entre españoles y mejicanos en el valle de Otumpa (o Otumba, como la llama don Antonio de Solís), repite la memoria de esta ilustre mujer con las palabras que se siguen: En esta batalla, dice Diego Muñoz Camargo, en su Memoria de Tlaxcala, que María de Estrada peleó a caballo y con una lanza en la mano, tan varonilmente como si fuera uno de los más valientes hombres del ejército, y aventajándose a muchos. No dice el autor de dónde era natural esta heroína, pero el apellido persuade que era asturiana. Una Ana de Baux, gallarda flamenca, natural de una aldea cerca de Lila, que sólo con el motivo de guardar su honor de los insultos militares en las guerras del último siglo, escondiendo su sexo con los hábitos del nuestro, se dio al ejercicio de la guerra, en que sirvió mucho tiempo y en muchos lances con gran valor, de modo que arribó a la tenencia de una compañía; y siendo, después de hecha prisionera por franceses, descubierto ya su sexo, el mariscal de Seneterre le ofreció una compañía en el servicio de Francia; lo que ella no admitió, por no militar contra su príncipe; y volviendo a su patria, se hizo religiosa.

El no haber nombrado hasta ahora las amazonas, siendo tan del intento, fue con el motivo de hablar de ellas separadamente. Algunos autores niegan su existencia, contra muchos más, que la afirman. Lo que podemos conceder es, que se ha mezclado en la historia de las amazonas mucho de fábula, como es, el que mataban todos los hijos varones: que vivían totalmente separadas del otro sexo, y sólo le buscaban para fecundarse una vez en el año. Y del mismo jaez serán sus encuentros con Hércules y Teseo, el socorro de la feroz Pentesilea a la afligida Troya, como acaso también la visita de su reina Talestris a Alejandro; pero no puede negarse sin temeridad, contra la fe de tantos escritores antiguos, que hubo un cuerpo formidable de mujeres belicosas en la Asia, a quienes se dio el nombre de amazonas.

Y en caso que también esto se niegue, por las amazonas que nos quitan en la Asia, para gloria de las mujeres parecerán amazonas en las otras tres

partes del mundo, América, África y Europa. En la América las descubrieron los españoles, costeadando armadas el mayor río del mundo, que es el Marañón, a quien por esto dieron el nombre que hoy conserva de río de las Amazonas . En la África las hay en una provincia del imperio del Monomotapa, y se dice que son los mejores soldados que tiene aquel príncipe en todas sus tierras, aunque no falta geógrafo que hace estado aparte del país que habitan estas mujeres guerreras.

En Europa, aunque no hay país donde las mujeres de intento profesasen la milicia, podremos dar el nombre de amazonas a aquellas que en una u otra ocasión con escuadrón formado triunfaron de los enemigos de su patria. Tales fueron las francesas de Belovaco o Beriuvais, que siendo aquella ciudad sitiada por los borgoñones, el año de 1472, juntándose debajo de la conducta de Juana Hacheta , el día del asalto rechazaron vigorosamente los enemigos, habiendo precipitado su capitana la Hacheta le la muralla al primero que arboló el estandarte sobre ella. En memoria de esta hazaña se hace aun hoy fiesta anual en aquella ciudad, gozando las mujeres el singular privilegio de ir en la procesión delante de los hombres. Tales fueron las habitadoras de las islas Echinadas , hoy llamadas Cur-Solares , célebres por la victoria de Lepanto, ganada en el mar de estas islas. El año antecedente a esta famosa batalla, habiendo atacado los turcos la principal de ellas, tal fue el terror del gobernador veneciano Antonio Balbo y de todos los habitantes, que tomaron de noche la fuga, quedando dentro las mujeres resueltas, a persuasión de un sacerdote llamado Antonio Rosoneo, a defender la plaza, como de hecho la defendieron con grande honor de su sexo y igual oprobrio del nuestro.

VIII

Resta en esta memoria de mujeres magnánimas decir algo sobre un capítulo en que los hombres más acusan a las mujeres, y en que hallan más ocasionada su flaqueza, o más defectuosa su constancia, que es la observancia del secreto. Catón el Censor no admitía en esta parte excepción alguna, y condenaba por uno de los mayores errores del hombre fiar secreto a cualquiera mujer que fuese; pero a Catón le desmintió su propia tataranieta Porcia, hija de Catón el menor y mujer de Marco Bruto, la cual obligó a su marido a fiarle el gran secreto de la conjuración contra César, con la extraordinaria prueba que le dio de su valor y constancia, en la alta herida que voluntariamente, para este efecto, con un cuchillo se hizo en el muslo.

Plinio dice, en nombre de los magos, que el corazón de cierta ave aplicada al pecho de una mujer dormida, la hace revelar todos sus secretos. Lo mismo dice en otra parte de la lengua de cierta sabandija. No deben de ser tan fáciles las mujeres en franquear el pecho, cuando la mágica anda buscando por los escondrijos de la naturaleza llaves con que abrirles las puertas del corazón; pero nos reímos con el mismo Plinio de esas invenciones, y concedemos que hay poquísimas mujeres observantes del secreto. Mas a vueltas de esto, nos confesarán asimismo los políticos más expertos, que también son rarísimos los hombres a quienes se puedan fiar secretos de importancia. A la verdad, si no fueran rarísimas estas alhajas, no las estimaran tanto los príncipes, que apenas tienen otras tan apreciables entre sus más ricos muebles.

Ni les faltan a las mujeres ejemplos de invencible constancia en la custodia del secreto. Pitágoras, estando cercano a la muerte, entregó sus escritos todos, donde se contenían los más recónditos misterios de su filosofía, a la sabia Damo, hija suya, con orden de no publicarlos jamás, lo que ella tan puntualmente obedeció, que, aun viéndose reducida a suma pobreza, y pudiendo vender aquellos libros por gran suma de dinero, quiso más ser fiel a la confianza de su padre, que salir de las angustias de pobre.

La magnánima Aretáfila, de quien ya se hizo mención arriba, habiendo querido quitar la vida a su esposo Nicócrates con una bebida ponzoñosa, antes que lo intentase por medio de conjuración armada, fue sorprendida en el designio, y puesta en los tormentos para que declarase todo lo que restaba saber, estuvo tan lejos de embargarle la fuerza del dolor el dominio de su corazón y el uso de su discurso, que entre los rigores del suplicio, no sólo no declaró su intento, mas tuvo habilidad para persuadirle al tirano que la

poción preparada era un filtro amatorio, dispuesto a fin de encenderle más en su cariño. De hecho, esta ficción ingeniosa tuvo eficacia de filtro, porque Nicócrates la amó después mucho más, satisfecho de que quien solicitaba en él excesivos ardores, no podía menos de quererle con grandes ansias.

En la conjuración movida por Aristogitón contra Hippias, tirano de Atenas, que empezó por la muerte de Hipparco, hermano de Hippias, fue puesta a la tortura una mujer cortesana sabidora de los cómplices, la cual, para desengañar prontamente al tirano de la imposibilidad de sacarla el secreto, se cortó con los dientes la lengua en su presencia.

En la conspiración de Pisón contra Nerón, habiendo, desde que aparecieron los primeros indicios, cedido a la fuerza de los tormentos los más ilustres hombres de Roma, donde Lucano descubrió por cómplice a su propia madre, otros a sus más íntimos amigos, solamente a Epicharis, mujer ordinaria y sabidora de todo, ni los azotes, ni el fuego, ni otros martirios, pudieron arrancar del pecho la menor noticia.

Y yo conocí alguna que, examinada en el potro sobre un delito atroz, que habían cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso examen, no por salvarse a sí, sí sólo por salvar a sus dueños; pues a ella le había tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podía aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.

Pero de mujeres, a quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los ejemplares. Oí decir a persona que había asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas para la ejecución, rarísima, después de pasar este martirio de su pudor, se rinde a la violencia del cordel. ¡Grande excelencia verdaderamente del sexo, que las obligue más su pudor propio que toda la fuerza de un verdugo!

No dudo que parecerá a algunos algo lisonjero este paralelo que hago entre mujeres y hombres; pero yo reconvendré a estos con que Séneca, cuyo estoicismo no se ahorró con nadie, y cuya severidad se puso bien lejos de toda sospecha de adulación, hizo comparación no menos ventajosa a favor de las mujeres; pues las constituye absolutamente iguales con los hombres en todas las disposiciones o facultades naturales apreciables. Tales son sus palabras: *Quis autem dicat naturam maligne cum mulieribus ingeniis egisse,*

el virtutes illarum in arctum retraxisse? Par illis mihi crede, vigor, par ad honesta (libeat) facultas est. Laborem, doloremque ex aequo si consuevere patiuntur .

IX

Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestión del entendimiento, en la cual yo confieso que, si no me vale la razón, no tengo mucho recurso a la autoridad; porque los autores que tocan esta materia (salvo uno u otro muy raro) están tan a favor de la opinión del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

A la verdad, bien pudiera responderse a la autoridad de los más de esos libros, con el apólogo que a otro propósito trae el siciliano Carducio en sus diálogos sobre la pintura. Yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja a su especie, hasta que llegando a una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos a un león. Vuelto entonces a su competidor en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento concluyente le dijo: «Acabarás, Ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido y rendir la vida de un león debajo de los brazos de un hombre. -Bello argumento me traes, respondió sonriéndose el león. Esa estatua otro hombre la hizo; y así, no es mucho que la formase como le estaba bien a su especie. Yo te prometo, que si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.»

Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que lo hizo, pues

Lucrecia Marinella , docta veneciana, entre otras obras que compuso, una fue un libro con este título-. Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos y vicios de los hombres , donde todo el asunto fue probar la preferencia de su sexo al nuestro. El sabio jesuita Juan de Cartagena dice, que vio y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le vi también en la biblioteca Real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces, porque somos partes; y así, se había de dar la sentencia a los ángeles, que, como no tienen sexo, son indiferentes.

Y lo primero, aquellos que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi le dejan en puro instinto, son indignos de admitirse a la disputa. Tales son los que asientan que a lo más que puede subir la capacidad de una mujer, es a gobernar un gallinero.

Tal aquel prelado, citado por don Francisco Manuel, en su Carta y guía de casados , que decía que la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos, pues la más benigna interpretación que admiten es la de recibirse como hipérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar y ordenar comunidades religiosas, y aun mujeres que supieron gobernar y ordenar repúblicas enteras.

Estos discursos contra las mujeres son de hombres superficiales. Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros a que están destinadas, y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algún acto reflejo) que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto a la carencia de la potencia no vale la ilación; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

Nadie sabe más que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se extiende a más que la aplicación. Si todos los hombres se dedicasen a la agricultura (como pretendía el insigne Tomas Moro en su Utopía), de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los drusos, pueblos de la Palestina, son las mujeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir; y en fin, lo poco o mucho que hay de literatura en aquella, gente, está archivado

en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo a los hombres, los cuales sólo se dedican a la agricultura, a la guerra y a la negociación. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrían sin duda las mujeres a los hombres por inhábiles para las letras, coma hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB